Trozos de vida

Verónica Meana Antuña

Trozos de vida

Verónica Meana Antuña

Avant
editorial

Primera edición, enero de 2025
© Verónica Meana Antuña, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87532-41-3
IBIC: FP
DEPÓSITO LEGAL: M-1406-2025

La mayoria de los lugares y sitios descritos en el libro existen o han existido, pero los personajes y la historia es ficción y todo parecido con personas reales es pura coincidencia.

PRIMERA PARTE

1

Era el 8 de abril de 1963. Al salir del coche por primera vez desde que habían cruzado la frontera Alejandro sintió frío cortante al mismo tiempo que una extraña sensación de respirar aire puro, algo nuevo para él. Contempló las imponentes montañas que lo rodeaban, majestuosas y abrumadoras. Había crecido en un valle minero e industrial, donde la contaminación era extrema, pero eso le había parecido lo normal hasta ese momento. El frío y la pureza del aire le inspiraban tristeza, distanciamiento y separación, acentuando aún más el hecho de que, de un día para otro, se había alejado de sus amigos y su familia, de aquella casa en La Felguera, donde se reunían todos los primos y allegados, del patio en el que había transcurrido su infancia, rodeado de cariño y atenciones, donde habían jugado sin cesar.

Recordaba las risas, los juegos y todos esos momentos compartidos con sus primos: Vicente, Cecilia, Luisa; y amigos del barrio El Puente: Pepín, Carlos, Manolo, María del Carmen. A veces discutían sobre lo que harían juntos cuando fuesen grandes, sin concebir la posibilidad de separarse. Sin embargo, allí estaban todos los hermanos: Alejandro, con 9 años, David de 8, Aurelia de 5 y Claudio, de 8 meses de edad, experimentando una ruptura con el pasado.

Este cambio repentino había creado mucho estrés y ansiedad en los dos hermanos mayores. David lloró mucho al principio del viaje, y Alejandro estaba tan desgarrado y desconsolado que permaneció silencioso durante todo el trayecto, ignorando los intentos de sus padres por animarlos, incluso cuando se detuvieron para cenar en la ciudad de San Sebastián.

Su padre, Antón, había emigrado a Francia unos diez meses atrás. Una vez que encontró un trabajo adecuado y estable, y pudo ahorrar algo de dinero, decidió que ya era hora de traer a su familia. Sus hijos y su esposa, María, le habían hecho mucha falta. Optó por irse a Francia debido a la situación económica en España durante los años sesenta, que solo permitía a los obreros sobrevivir. Aunque Antón era conocido por ser una persona muy trabajadora y un excelente carpintero nunca quiso establecer su propio negocio. Se trasladó a Francia de la misma manera que muchos otros emigrantes, a través de un contacto que tenía. Este contacto resultó ser su cuñado, el hermano mayor de su esposa, llamado Victoriano. Victoriano había tenido que marcharse durante la Guerra Civil para evitar ser detenido o posiblemente fusilado por su afiliación comunista. En aquel entonces, las fuerzas franquistas no indagaban mucho; cualquier individuo marcado como «rojo» era duramente castigado. Este era el precio de la paz franquista.

El apartamento en Bagnères-de-Luchon donde se alojaron tenía un amplio balcón con vistas a la montaña. Una montaña cuya pendiente abrupta comenzaba a cien metros de la casa. Descargaron las maletas y colocaron al bebé, que aún dormía, en su cuna. El apartamento estaba completamente amueblado y todo estaba en orden para recibirlos. Antón había preparado el lugar antes de ir a buscar a la familia una semana atrás. El taxista que los había llevado los ochocientos sesenta kilómetros desde La Felguera a Bagnères-de-Luchon se quedó el tiempo suficiente para tomar un café antes de emprender el viaje de regreso. Era un amigo de la infancia de Antón. El viaje en el Seat 1500 resultó menos agotador que hacerlo en tren, con todos los transbordos necesarios para llegar desde Asturias a Bagnères-de-Luchon en aquellos tiempos. En ese lunes de abril del año 1963 una nueva vida empezó para Alejandro y su familia.

Por la tarde, después de una breve siesta Alejandro y su hermano David salieron a recorrer la ciudad. Como era lunes y eran las tres y media de la tarde, apenas había gente en las calles. Los niños estaban en la escuela y los adultos trabajando, lo que los entristeció aún más. «No os alejéis mucho que os podéis perder», les había advertido su madre. David y Alejandro caminaron juntos por las estrechas calles empedradas de Bagnères-de-Luchon. La sensación de tranquilidad y frescura del aire limpio los envolvía mientras exploraban su nuevo entorno. El pueblo presentaba una arquitectura pintoresca y tradicional, con techos de pizarra negra y balcones de hierro forjado adornados con flores coloridas. Las fachadas de piedra contaban la historia del pueblo, marcada por generaciones pasadas. A diferencia de las altas chimeneas y estructuras de metal que solían rodearlos en su ciudad natal, aquí todo tenía un aspecto rústico. Las calles, muy limpias, a esa hora de la tarde estaban casi desiertas, y el sonido de sus pasos resonaba en el empedrado mientras se dirigían hacia la plaza central, donde una fuente antigua emitía un suave murmullo. Se sentía como si el tiempo se hubiera detenido.

Al explorar más el pueblo, notaron la ausencia de contaminación; no se veían nubes de humo, ni se olía el característico aroma industrial que habían conocido toda su vida. La comparación con su ciudad natal, dominada por fábricas y minas de carbón. Recordaron las congestiones diarias, la aglomeración de personas y el constante trasiego de vehículos que caracterizaba su antigua vida. Ahora las tranquilas calles les ofrecían una sensación de espacio que nunca habían experimentado antes. Alejandro y David tomaron conciencia de que vivir en este pueblo supondría un cambio radical en su estilo de vida, un lugar donde la naturaleza predominaba.

Regresaron pronto al piso. Su hermana les invitó a jugar al parchís; David aceptó la oferta, pero Alejandro prefirió sentarse en el balcón y contemplar la imponente montaña que se erguía a pocos metros de la casa. Mientras el sol se ponía detrás de las majestuosas montañas que rodeaban el pueblo, escuchaba los sonidos de la naturaleza: el canto de los pájaros y el murmullo del agua de un arroyo cercano.

Al ver a su madre cosiendo un mantel, le vino a la mente el ruido de la máquina de coser de las tías, Elena y Mari, en la amplia galería en la casa en La Felguera. Recordó a estas dos hermanas sentadas por turnos detrás de la máquina, que emitía

un ruido mecánico que resonaba por toda la casa. Su correa negra giraba rápidamente al ritmo del pie en el pedal y sus agujas, con el hilo en sus puntas, unían los retazos de tela. Era una máquina negra con la marca Singer claramente visible en dorado en el cuerpo. La mayoría de la ropa que usaba toda la familia salía de debajo de las agujas mágicas de esa máquina de coser. Recordó cómo las tías cortaban con un par de tijeras plateadas el papel del diseño y luego la tela. Cuando era más joven, Alejandro percibía todo esto como algo fantástico. Más de una vez quiso usar la máquina, pero a los niños les estaba prohibido tocarla, al igual que las tijeras. Para las tías, eran sus tesoros exclusivos que protegían celosamente. Esa máquina era su herramienta principal, pero sobre todo un sustento económico importante.

Alejandro pensó que ya no vería a las vecinas que venían a probarse un vestido que habían encargado y que se quedaban horas chismeando sobre las cosas del barrio, y tampoco faltarían las que se quejaban de las indolencias de sus respectivos maridos. Siempre había mucha animación en esa galería y en la casa en general, ya que algunas clientas venían acompañadas de sus hijos, que se unían a los juegos de los niños de la casa. Alejandro y David tenían la impresión de que todo el barrio giraba en torno a su casa.

Esta casa burguesa de tres pisos con techos altos, grandes ventanas y galerías en cada piso había sido construida en 1928, el último vestigio de cuando la familia poseía minas y tierras. Los tíos abuelos habían hecho todo lo posible por dilapidar poco a poco la fortuna de la familia y lo único que quedaba de esa época de riqueza era esa casa, que ahora se estaba deteriorando, especialmente las galerías.

Elena y Mari, y la máquina de coser como si fuera un objeto vivo, formaban parte de la historia de Alejandro. En particular la tía Elena, que era la consentidora de todos los niños. Aunque se quedó soltera, era como una segunda madre para todos los niños de la familia. Los llevaba al cine, les compraba dulces y refrescos, y siempre estaba dispuesta a ayudar a sus hermanas y familiares. Casi nunca expresaba con fuerza una opinión, acostumbrada a aceptar y convivir con las verdades de sus allegados, especialmente sus hermanas, como quien se casa con un esposo elegido por la familia. Su felicidad radicaba en la tranquilidad, y en evitar conflictos, aunque tal vez albergaba una tristeza interior, quizás anhelando encontrar un compañero, si bien esto no lo dejaba traslucir.

Económicamente el cambio de España a Francia fue radical para la familia. Aunque en España los niños nunca carecieron de lo esencial —disfrutaban de salidas al cine, disponían de dinero para gastar en las romerías y contaban con el traje de pantalones cortos para los domingos—, sus padres sí experimentaron una gran diferencia. No solo podían cubrir todos los gastos básicos sin problemas, sino que incluso lograron ahorrar algo desde el primer mes de vivir en Luchon. A los dos meses, Antón compró una televisión en color y a los cuatro meses adquirió un coche. En resumen, en pocos meses ya gozaban de todas las comodidades que la clase obrera francesa de entonces tenía a su disposición.

El coche, un Simca Étoile de dos colores (cuerpo amarillo y techo rojo), básicamente se usaba para los viajes de fin de semana al otro lado de la frontera, a nueve

kilómetros de Luchon, en la provincia de Lérida, y sobre todo para ir de vacaciones a Asturias. Volver a Asturias cada año era un momento mágico para toda la familia, especialmente para Antón, quien seguía muy unido a sus hermanas y amigos. «En Francia se vive bien, pero el ambiente y la vida social en España no tiene comparación», solía decir a sus amigos.

En aquel entonces Luchon era un pueblo de unos tres mil habitantes. Al ser una estación termal, atraía mucha gente que buscaba mejorar su salud en ciertos periodos del año. En verano la población solía aumentar hasta llegar a diez mil habitantes, y unos cinco mil en el invierno, cuando la estación de esquí de Superbagnères, ubicada a dieciocho kilómetros, funcionaba a plena capacidad. A Luchon se le conocía como «la ciudad de los cien hoteles».

El pueblo está ubicado en el extremo sur del departamento de Haute-Garonne, en un valle en forma de triángulo, rodeado de montañas muy altas, en el centro de los Pirineos, en la confluencia de los ríos L'One por el oeste y La Pique por el sur, unos ríos cristalinos, alimentados por numerosos arroyos que descienden de las montañas, muy diferentes de las aguas del río Nalón en La Felguera, utilizadas para lavar el carbón. Está muy cerca de la frontera española, a unos nueve kilómetros del Val d'Arán del otro lado del Col du Portillon.

En los años sesenta, Luchon contaba con un buen número de edificios del siglo XIX bellamente restaurados, algunos de los cuales eran hoteles. También se podían observar algunas casas grandiosas a lo largo del bulevar principal, Allées d'Étigny, y en las calles adyacentes. En un extremo de esta calle principal se encontraba el importantísimo complejo termal frente a una gran plaza con jardines muy bien cuidados. Luchon también disponía de un casino, un imponente edificio de ladrillo rojo y piedra, rodeado de extensos jardines, que incluía secuoyas centenarias. El casino ya no funcionaba como tal; se usaba sobre todo para eventos importantes y bailes populares. Luchon se enorgullecía de ser una *ville fleurie* (villa florecida). La Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, un monumental edificio románico con impresionantes frescos antiguos alrededor de la nave, aún se mantenía en pie, desafiando las inclemencias del tiempo.

Una semana después de su llegada los niños tuvieron que ir a la escuela y adaptarse rápidamente a hablar francés. Al principio, la idea de asistir a la escuela les pareció una tortura, pero sus padres insistieron. Además, era un requerimiento del gobierno francés. Ningún niño debía quedarse sin escolarización antes de los 16 años. Esos primeros días fueron difíciles para ambos. Se sentían perdidos y desorientados sin la red de apoyo y el sentido de pertenencia que les brindaban sus primos y amigos en La Felguera. En el colegio estaban en diferentes grados, por lo que solo se veían durante el recreo. Se apoyaban mutuamente, aunque David estaba realmente asustado. Los maestros los recibieron muy bien y les ayudaban hablándoles un poco de español. Aparte de las dificultades que implicaba adaptarse a una cultura e idioma diferentes, en un sitio donde no conocían a nadie, y de manera dramáticamente distinta a como habían crecido, siempre rodeados de familiares y amigos, también tenían que enfrentarse a los pequeños racismos cotidianos, desprecios e insultos de

otros niños («sale espagnol», «tu parles Français comme una vache espagnole»). A veces esos insultos terminaban en enfrentamientos físicos, ya que Alejandro y David eran muy orgullosos de su identidad y no se dejaban maltratar, y en ocasiones tuvieron que enfrentarse a niños más grandes y fuertes que ellos. Sin embargo, después de algunas peleas, y transcurridas unas semanas, pocos se atrevían a molestarlos.

A pesar de todo eso, el entorno escolar ayudó a disminuir en ellos la sensación de soledad. Poco a poco, el lloriqueo y las quejas de las primeras semanas dejaron lugar a una aceptación de la situación. Los niños empezaron a hacer amigos en el barrio y en la escuela, al mismo tiempo que aprendían rápidamente a hablar francés. Establecieron pronto lazos con los vecinos del barrio, jóvenes y mayores. Las señoras mayores, en particular, los consideraban muy educados porque les ayudaban a llevar las bolsas del mercado o a hacer algunas tareas en los pequeños jardines que tenían.

El cambio de Asturias a Francia no solo implicó obtener más comodidades materiales como el coche y la televisión, sino que también notaron cambios en la comida. En particular, a la familia le chocó la diferencia en la leche. En La Felguera un pequeño productor llevaba la leche directamente a la casa cada dos o tres días. Era una leche aguada que tenía muy poca nata, comparada con la leche más espesa que obtenían en los supermercados en Francia. Obviamente la idea de que lo local era mejor no se aplicaba en este caso. También comían más pollo, que en aquella época era todavía una carne para los domingos en España, y disfrutaban de una variedad de cortes de carne de vacuno y de cerdo que no habían conocido hasta entonces.

Pero sus vidas cambiaron sobre todo respecto a la religión y la obligación de ir a la iglesia todos los domingos. En España la religión era el cuadro oficial de la vida y regulaba prácticamente todo con el beneplácito del régimen franquista. No se comía carne los viernes. La religión era la fuente de la moralidad y la decencia, y confería la dignidad humana, sin la cual la vida humana sería rebajada a la de los animales, o peor, a la de los «rojos». Bajo la dictadura de Franco la ley de la Iglesia católica, apostólica y romana dominaba sobre todas las otras leyes, y los grandes momentos de la existencia recibían su legitimidad de ella. La gente que no se casaba por la Iglesia no se consideraba verdaderamente casada. Y la única religión válida era la católica. Las otras se consideraban erróneas, y eran ridiculizadas. No ser católico parecía una anomalía en ese mundo.

La misa del domingo era una ocasión para estrenar ropa a veces. Era preciso ir bien vestido. Los niños iban vestidos con traje de pantalón corto, camisa blanca y corbata, y las niñas con el mejor vestido que tenían. De ahí la expresión popular «endomingados». Ir a la iglesia era una señal exterior de moralidad, y la certeza de una verdad absoluta, aunque la misa se decía en latín y nadie entendía nada, aparte del sermón, que era en castellano. Ir a la iglesia era también una ocasión para ver gente, y ser visto. Sobre todo, para los adultos, que también aprovechaban la oportunidad para chismear sobre los vecinos. Para Alejandro, David y sus primos, ir a misa era una tortura. Repetir cada semana los mismos rezos, sufrir el mismo aburrimiento ritual del sermón del cura. Alejandro recuerda aún el día de su primera comunión

a los 7 años. Ese día fue particularmente largo y pesado. Recuerda que tuvo que ir vestido de marinero militar como todos los chicos, mientras que las chicas iban vestidas de novias, todos en blanco. Y aquella frase que les obligaban a repetir, que no entendían muy bien, de que renunciaban al diablo y se entregaban a Jesús. Para ellos ir a misa era como una prueba purificadora que había que pasar de forma previa al placer de comer el pollo o centollo de los domingos, y los pasteles, sobre todo los pasteles. Sin olvidar el cine de *matinée*.

Ahora en Luchon la abuela y las tías ya no podían obligarles a ir a misa. Sus padres, liberados ellos también de ese entorno, nunca iban a misa, o muy rara vez. Solo en ocasiones especiales. Tampoco obligaban a los niños a ir a misa. Por lo tanto, toda la familia se sintió liberada del yugo del catolicismo obligado. De un día para otro la Iglesia dejó de jugar un papel fundamental en sus vidas en este país laico que era Francia.

En el verano, Alejandro y sus hermanos se habían familiarizado con muchos niños de su edad, ya que todos asistían al mismo colegio. Además, se habían acostumbrado a la vida en el pueblo. Durante esta temporada el pueblo cobraba más vida, con la llegada de turistas y visitantes que venían a recibir tratamientos termales. El verano también ofrecía una variedad de actividades recreativas. Sus amigos más cercanos eran los vecinos del barrio Le Courtat: Michel, Jean-Gabriel, Gaston, Adam, Charles, Pierrot y ocasionalmente dos chicas, Armande y Denise. Pasaron un verano muy activo, disfrutando de diferentes juegos en las calles del barrio, y de juegos de mesa en las casas de sus amigos cuando llovía, además de explorar las montañas y descubrir los paisajes, la flora y fauna de los Pirineos centrales.

Durante este tiempo, también descubrieron el Tour de France, una carrera ciclista icónica que pasaba por Luchon en julio, y tuvieron la oportunidad de ver de cerca a los corredores famosos como Anquetil, Poulidor o Bahamontes. A través de la televisión y de la influencia de sus amigos, empezaron a apreciar algunos de los cantantes populares franceses de la época, como Johnny Hallyday, Sylvie Vartan, Françoise Hardy, Claude François, Gilbert Bécaud y Georges Brassens. Así como la nueva ola inglesa, representada por los Beatles y los Rolling Stones.

Cuando las clases empezaron en septiembre, Alejandro y sus hermanos ya hablaban francés perfectamente y obtenían buenas notas. Ese año, Alejandro siempre estaba entre los primeros dos lugares de la clase, mientras que David, aunque no estaba tan bien académicamente, no tenía problemas para aprobar las materias. Aurelia también había empezado a asistir a la escuela primaria y era muy aplicada.

Después de las clases casi todos los días se juntaban con los amigos del barrio para jugar o pasear por el pueblo a pie o en bicicleta, ya que sus padres les habían comprado un par de bicicletas. Se volvieron inseparables de sus amigos del barrio, especialmente de Michel, Jean-Gabriel, Adam y Charles, y con frecuencia Armande y Denise se unían durante las fiestas del pueblo, como la de las flores a finales de agosto, en la que participaban construyendo cada año un carro, un castillo o lo que fuese de flores. También asistían con estos amigos a la feria de la Toussaint a principios de noviembre, que incluía carruseles, coches de choque, norias y un circo.

Ese otoño construyeron una cabaña en la montaña, en la cima de un árbol, donde pasaban gran parte de su tiempo libre planificando proyectos, las escapadas por la montaña, y disfrutaban de la tranquilidad y privacidad que este refugio les proveía. Imaginaban con corazones impacientes las alegrías, las aventuras que la vida les depararía. En la cabaña jugaban a las cartas, y a veces fumaban cigarrillos y bebían Cinzano, que Michel siempre compraba, pues su madre era muy generosa con sus hijos, y este siempre disponía de dinero para sus caprichos. La cabaña se convirtió en su cuartel general. Los prados fuertemente inclinados en los alrededores de su barrio y de la cabaña eran su territorio. Las chicas rara vez se unían a ellos allí, pero sí solían acompañarlos para ir al cine o en las excursiones por la montaña.

A medida que comenzaron a entrar en la pubertad, utilizaron la cabaña como un lugar discreto para intentar seducir a algunas de las muchachitas de otros barrios que lograban atraer con la excusa de jugar cualquier juego de mesa. Aunque generalmente solo lograban un beso fugaz en el borde de un labio. Era un juego para ellos y, con frecuencia, algunas chicas más astutas se burlaban de ellos.

Un día en septiembre de 1966, mientras paseaban por la ladera de la montaña, dos días antes de que Alejandro cumpliera 13 años, él y su amigo Michel, de 14 años, vieron una pareja entrar en una de las cabañas que los pastores usaban en el invierno. Se acercaron sigilosamente para espiar a través de las rendijas de las puertas de madera rústicas, y presenciaron un encuentro íntimo. Pudieron ver a la mujer cabalgando al hombre, él echado en la paja, ella tenía un seno descubierto que este mordía y chupaba. Su falda amplia cubría al hombre debajo de ella, pero sus movimientos y los gemidos de placer que la pareja emitía no dejaba lugar a duda en cuanto a lo que estaban haciendo. Los largos cabellos rizados y dorados de la mujer escondían ambas caras. Sin embargo, esta cabellera era inconfundible para ellos. Reconocieron inmediatamente a la mujer, quien había sido la profesora de matemáticas de ambos. La conocían por el nombre de Madame Dupré. Ella estaba casada con el dueño de uno de los talleres de mecánica más grande del pueblo, y tenía una hija pequeña. Al rato también pudieron ver la cara del hombre. Este vendía frutas en el mercado y era un poco más joven que ella. Era la primera vez que veían a una pareja haciendo el amor. Un día Michel había podido ver en la televisión, tarde en la noche, algo que se parecía a un acto sexual, pero nada como esto. Esta imagen excitó a los muchachos hasta un punto extremo. Les parecía extraordinario estar contemplando en la semipenumbra de esta cabaña, en plena tarde, a esta mujer, tan bella para ellos, cabalgando al hombre con pasión, su boca entreabierta, decía palabras inaudibles para ellos, pero inconfundibles en cuanto a lo que expresaba. «Está gozando como una puta», susurró Michel a Alejandro, como si gozar fuese algo de putas, aunque probablemente para Michel puta era algo positivo en ese momento. El acto no duró mucho. En tres o cuatro minutos la pareja explotó en un orgasmo casi simultáneo. Ella gritó al mismo tiempo que se movía como un globo desinflándose. Rápidamente se levantaron, él se subió el pantalón mientras ella se puso las bragas.

Los chicos se alejaron, bastante chocados por lo que habían visto, pero se quedaron observando a cierta distancia cómo los amantes se iban apresurados. La pareja nunca percibió su presencia.

No podían creer lo que habían presenciado. Se fueron a sus respectivas casas prometiéndose mutuamente no compartir esto con nadie. Después de cenar se juntaron para ir a pasear por los Allées d'Étigny. Ese día no dejaron que sus respectivos hermanos se unieran a ellos. Querían hablar del asunto en paz. «Viste cómo se movía», «oh, y cómo gemía, la puta», y tal y cual comentario. De pronto se le ocurrió a Michel que ellos también deberían aprovecharse de esta mujer; si un frutero cualquiera se la estaba tirando, por qué no ellos. Se les ocurrió escribirle una carta a su exprofesora, citándola en la misma cabaña a las cuatro de la tarde del jueves siguiente para que hiciera el amor con ellos. En la carta habían escrito en mayúsculas: «Te hemos visto en la cabaña con el frutero. Te damos cita en la misma cabaña para el jueves a las cuatro de la tarde. Somos dos jóvenes, y si no vienes, se lo decimos a tu marido». Aunque dudaron durante varios días, al final se decidieron y se la enviaron a la escuela. Se pasaron varios días con bastante nerviosismo y con cierto miedo, aunque ninguno de los dos se lo mostraba al otro; al contrario, cuando se encontraban se hacían los duros y hablaban de lo bien que lo iban a pasar. Un par de días antes del planeado encuentro, al pasar por Chez Armand, el bar que estaba cerca de la plaza del mercado, vieron que Madame Dupré, su nombre de pila era Sophie, amante del frutero, estaba sentada con otra señora en una mesa cerca de la puerta. Se quedaron observando por un minuto o dos y percibieron a través de los cristales que esta sollozaba durante la conversación, bastante animada, que tenía con la otra mujer. Michel y Alejandro pensaron que igual fue su carta la que le produjo tal efecto. Estos se miraron y se alejaron rápidamente. Alejandro se atrevió a decir:

—Quizás no deberíamos haber hecho esto. A lo mejor Sophie vive una vida de mierda con su marido, y es por eso por lo que folla con otros hombres.

—Tal vez tengas razón —le respondió Michel—, no deberíamos haberle enviado la carta, pero bueno ya está hecho. Por otro lado, si lo que dices acerca de su matrimonio es cierto, ¿crees que iría con un frutero cualquiera? Yo creo que es una puta, que lo único que quiere es una buena polla.

—¿Y te crees que dos mocosos como nosotros podemos ofrecerle eso: una buena polla? —preguntó Alejandro riéndose.

Michel al mostrarse un tanto tajante estaba tratando de lidiar con su propio miedo. En fin, que terminaron cuestionándose si iban a tener el valor de presentarse a la cita. Se fueron a sus respectivas casas a estudiar, pues tenían examen al día siguiente, pero no dejaron de pensar en cómo iban a actuar en dos días más, el día en que la habían citado. De hecho, llegó el gran día y, dándose fuerzas el uno al otro, lograron superar el pánico que sentían y acudieron a la cabaña del pastor. Se escondieron detrás de un matorral para verla venir, pero pasaron los minutos y esta no llegaba. Después de una media hora, decidieron no esperar más pues pensaron que ya no iba a venir, y aunque por dentro los dos sintieron un gran alivio, expresaron rabia al ver que les había plantado: «Esta cabrona nos ha plantado, se va a enterar»,

dijo Alejandro, y Michel le secundó con «vamos a su casa, le vamos a entregar una nota al marido». Y al cabo de unos cinco minutos caminando, echando chispas y casi sin darse cuenta, mecánicamente, estaban enfrente de la casa de Madame Dupré. A unos veinte metros de ellos vieron cómo Madame Dupré, vestida con un impermeable, se subió a un taxi que en un espacio de segundos estaba doblando la esquina, probablemente en dirección a la estación de tren.

—Mira, la cabrona se va de viaje, ¿qué, se lo vamos a decir al marido? —Se atrevió a proponer Michel.

—Pues claro que no, ¿para qué? No nos hizo caso y ya.

Al día siguiente, mientras contemplaban la montaña desde el balcón del apartamento de Alejandro y hacían planes para el fin de semana, escucharon una conversación de las vecinas de abajo sobre un gran escándalo en el pueblo. Resulta que un marido celoso había descubierto la infidelidad de su esposa con varios hombres y la había echado de la casa medio desnuda no sin antes propinarle unos cuantos golpes y arrojar toda su ropa por la ventana. Hablaban de un tal Pierrot Dupré y su esposa. Al parecer, alguien había llamado a la policía, que al llegar calmó al esposo para permitirle a la mujer asearse un poco y recoger algunas de sus pertenencias que el marido no había tirado por la ventana, y se había ido a casa de su madre a Cierp. Fue entonces cuando se dieron cuenta de que estaban hablando de Sophie. O sea que ellos habían llegado el día anterior al lugar de los hechos, al final del capítulo.

De hecho, la infidelidad no era algo raro en este pueblo, ya que parecía que cada año salía a la luz algún caso, más o menos comentado entre los vecinos, e incluso con muertes a veces. Durante el periodo de la caza de jabalíes, ocasionalmente ocurrían accidentes. Al parecer, algunas de las víctimas de estos accidentes estaban involucradas con las esposas de aquellos que cometían el «error» de dispararles, pensando que eran jabalíes. Esto llevó incluso al alcalde del pueblo a declarar: «Por favor, dejemos de dispararnos por cuestiones de infidelidad. Si todos los cornudos del pueblo nos matáramos, no quedaría nadie».

2

Después de aquel episodio, todo volvió más o menos a la normalidad en la vida del grupo. La escuela, los deberes y las excursiones por la montaña durante los fines de semana continuaron como de costumbre. También iban de vez en cuando a pescar en el río, y a veces, cuando se cansaban de no conseguir nada, iban al casino, donde tenían un lago de cría de truchas y era mucho más fácil pescar, aunque estuviera prohibido y más de una vez tuvieran que escaparse riendo a carcajadas, perseguidos por el guardia de turno. Sin olvidar las tardes en el Rex, especialmente en días de lluvia y en invierno. Este establecimiento contaba con una sala de juegos, un bar, una discoteca y un cine, donde pasaban horas los fines de semana.

En primavera, disfrutaban yendo a comer cerezas en los numerosos cerezales que muchas personas tenían en los jardines y patios de sus casas, y a muchos de estos cerezales se podía acceder fácilmente subiéndose por el muro desde la calle. Solían ir mucho a un cerezal que estaba en un jardín, junto a la Villa Pyréne.

Un sábado por la tarde, mientras Jean-Gabriel, Charles, David y Michel caminaban por los Allées d'Étigny, vieron a Armande y a Denise enfrascadas en una pelea verbal con tres chicos. Entonces, se acercaron para defenderlas y los otros chicos, a quienes reconocieron de la escuela, se enfrentaron a ellos:

—¿Qué os pasa, queréis pelea? No les estamos haciendo nada, solo queríamos saber si querían salir con nosotros —dijeron burlonamente.

—Ya os dijimos que nos dejarais en paz y continuáis molestando —respondieron las chicas.

Eran los chicos del barrio de «los *buildings*», como le decían a ese barrio de alojamientos de alquiler a bajo costo, conocido como HLM en francés. Eran los únicos edificios de más de seis pisos que existían en el pueblo en aquel momento. Más tarde a ese barrio lo llamarían «Chicago» en referencia a los años de Al Capone y su banda. Los chicos que molestaban a sus amigas eran Jules, Robert y Dan. Jules se acercó amenazante a Michel, desafiándolo a hacer algo. Charles intervino y dijo:

—Solo queremos que dejéis a las chicas tranquilas.

—¿Y a ti qué te importa? ¿Sois los protectores de las chicas? —respondió Jules, empujando a Michel. Este casi se cae, pero no hubo más violencia. Los de los *buildings* continuaron su camino en dirección a su barrio, y los del Courtat hacia el parque de Quinconces. Las chicas decidieron irse a casa usando el atajo cerca de la oficina de correos.

Poco después, Alejandro se reunió con sus amigos en el parque, ya que se había quedado en casa terminando sus deberes. Le contaron lo que había sucedido.

Alejandro explicó que ya había tenido algunos altercados con ellos en la escuela. «Es que esos chicos son unos abusones, hay dos de ellos en mi clase que no paran de molestar», dijo. Había traído consigo ocho bolas de petanca y jugaron un poco, antes de ir a merendar crepes y tomar sidra en un local que quedaba cerca.

Una semana más tarde, un jueves al atardecer, estaban jugando a las chapas en el barrio cuando aparecieron Armande, Denise y otra chica que no conocían, seguidas de cerca por los mismos chicos del otro día más otro cuyo nombre no recordaban. Armande tenía los ojos llorosos.

—¿Qué pasó? —le preguntó Alejandro.

—Nada, nada —respondió Armande.

Pero Denise sí habló:

—Uno de esos cabrones le tocó el culo.

Inmediatamente se enfrentaron a los de los *buildings*. «¿Qué os creéis que tenéis el derecho de tocar el culo a cada chica del pueblo?». Hubo empujones y en esto salieron a la calle dos señoras que empezaron a gritar para que pararan la pelea, también salió un señor. Los de los *buildings* no tuvieron más remedio que retroceder e irse. Al día siguiente, en la escuela, durante el recreo uno de ellos se acercó a Michel y lo retó a una pelea de su grupo contra ellos, diciéndole: «A ver si tenéis cojones cuando no haya viejas y viejos para defenderos». Michel transmitió el reto al resto de los amigos del Courtat. Se reunieron al día siguiente en la cabaña después de la escuela. Convocaron a todos los del barrio casa por casa: Pierrot, Charles, Jean-Gabriel, Adam, Gaston, Gerard, Arthur, Hugo. En total eran diez los chicos que habían ido a la reunión, tantos que no cabían todos en la cabaña y tuvieron que hacer la reunión fuera, debajo de esta. Estaban a finales de abril y la temperatura era agradable.

En una reunión bastante animada evaluaron los pros y contras de la pelea, o de la guerra, como alguno la llamaba. El miedo, por supuesto, predominaba. El argumento más compartido era que los de los *buildings* eran físicamente más fuertes. «Además se ve que tienen más experiencia peleando en la calle», agregó Hugo. La realidad era que estos chicos ya habían molestado en el pasado a varios de ellos, e incluso les habían dado una pequeña paliza a Adam y a Gaston. Al final se votó; siete votaron a favor de la confrontación y tres en contra. Alejandro y Michel argumentaron que para que ellos tuvieran una pequeña ventaja les iban a proponer que la pelea tuviese lugar en la pequeña explanada donde estaba la cabaña. El lunes siguiente después de la escuela, Michel, Jean-Gabriel y David llevaron a los de los *buildings* a visitar el sitio. Estos estaban tan seguros de ellos mismos que aceptaron. Estaban de acuerdo en que era preferible enfrentarse en un sitio discreto. Se decidió que la confrontación sería el sábado de esa misma semana.

Durante el resto de la semana los del Courtat prepararon armas, en particular palos, y sobre todo procedieron a la fabricación de *tomahawks* con las tejas de pizarra que encontraron descartadas cerca de una casa en construcción al pie de la montaña. Cada uno de ellos había confeccionado tres *tomahawks*. Por supuesto, en el fondo todos esperaban que los del otro grupo no aparecieran; el nivel de aprensión era muy

alto. Esa semana, aparte de hacer los deberes y de reunirse para la confección de armas, y darse ánimo los unos a los otros, no hicieron gran cosa. También buscaron rocas grandes que pudieran rodar montaña abajo, pero encontraron solo cuatro entre treinta y cinco y cuarenta centímetros de diámetro. Las rocas pesaban demasiado para una sola persona y tuvieron que subirlas entre dos.

El viernes recibieron la noticia de que Adam estaba enfermo y el sábado por la mañana de que Hugo y Arthur no iban a ser parte de la pelea. Tuvieron miedo y se inventaron un pretexto. En fin, ahora solo quedaban siete. Habría que ver cuántos serán los de los *buildings*. Habían hablado de que iban a ser ocho o nueve.

Alejandro pensaba que esta pelea era una estupidez. No quería hacer eso. No era algo agradable o que sirviera para validar su identidad. Incluso más tarde podría avergonzarse de ello. Lo hacía por deber, por el bien del grupo. Era simplemente una reacción necesaria para que estos chicos dejaran de molestarlos a ellos y a las chicas del barrio.

El sábado a las tres de la tarde los de los *buildings* empezaron a subir la inclinada cuesta a través de un pequeño camino que los llevaba directos a donde estaba el prado llano de unos cincuenta metros por seis de ancho donde los esperaban los del Courtat como acordaron. Avanzaban con mucha seguridad: ¿qué podían hacerles esos mocosos pequeños burgueses?, pensaban.

Eran en total ocho y los del Courtat, seis, pues un par de horas antes Pierrot se había caído de su bicicleta y estaba en recuperación. Cuando los chicos del otro barrio estaban a unos treinta metros de ellos, tiraron las rocas cuesta abajo y una de ellas le dio a un chico en el costado. Aparentemente el golpe le hizo bastante daño y se fue. En realidad, los del Courtat estaban aterrados y esperaban que estas rocas disuadiesen a los otros niños. Tiraron una tras otra, pero solo una alcanzó su objetivo y no lograron lo que esperaban. Los otros chicos se resguardaron detrás de los troncos de los árboles hasta que se acabaron las rocas y continuaron subiendo, ahora más rápido.

Tan pronto como llegaron a la pequeña llanura, sin mediar palabra, se lanzaron al ataque. Estaban furiosos por lo de las piedras. Uno de los atacantes, Marin, se quedó en retaguardia observando la pelea sin intervenir, evidenciando su miedo. Alejandro tenía un *tomahawk* en su mano derecha para disuadir y defenderse, pero al comenzar la pelea lo dejó caer al tomar conciencia de lo peligrosa que era esa arma; optó por protegerse con los brazos y puños como un boxeador y empezó a dar y recibir golpes. Uno de los chicos, el más fuerte y grande de todos, se le tiró encima por detrás y se cayeron al suelo. Con las piernas entrelazadas entre sí rodaron en el pasto. Se retorcían y se curvaban.

Mientras tanto, Michel recibió un golpe muy fuerte en el pecho, su cabeza se fue hacia atrás y reaccionando instintivamente sacó uno de los *tomahawk* de su cintura y golpeó con él al agresor rozándole el pecho; este, atemorizado, decidió huir. Michel le persiguió con el *tomahawk* en la mano, pero rápido como un relámpago, el chico, llamado Dan, desapareció entre los arbustos montaña abajo.

Con dos de los atacantes ya fuera de la pelea, el número de combatientes se igualó.

Charles se estaba enfrentando a dos adversarios al mismo tiempo, armado con una estaca. Uno de ellos, Robert, se le tiró encima con la intención de inmovilizar el brazo de la estaca contra su costado. Pero Charles se levantó, separó los brazos y los despejó: Robert solo pudo cogerle por el pecho y Charles, dando un golpe hacia atrás con su estaca, le dio en la cabeza. Robert soltó presa y se alejó para ver si estaba sangrando. Charles siguió peleando, enfrentándose con su estaca al otro chico, que también tenía un palo en la mano.

Mientras Robert estaba comprobando que no sangraba se le acercó Jean-Gabriel, que era el más pequeño y flaco de todos, y le propinó un tremendo puñetazo en la cara. Robert reaccionó y con su mano izquierda atrapó a Jean-Gabriel del cuello apretando con fuerza, sosteniendo su cara a unas cinco pulgadas de la suya y desde arriba, pues era mucho más alto que Jean-Gabriel. Este intentaba darle puñetazos de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, pero no podía alcanzarlo. Michel, que volvía de perseguir a Dan, vio a su hermano en apuros y corriendo le propinó un fuerte golpe a Robert en la espalda con los dos brazos juntos y los puños. Del impacto, este se cayó en el suelo y Michel se le echó encima. Robert, que tuvo la fuerza de darle la vuelta a Michel, se le sentó encima, con la intención de darle puñetazos en la cara, pero Jean-Gabriel se lanzó por detrás agarrándole de la garganta con sus dos brazos; entre los dos hermanos le estaban haciendo bastante daño a Robert. Este se levantó como pudo y se alejó de la zona de pelea, pero sin irse todavía. Estaba bastante golpeado, pero aún con agallas, y le dijo a Marin: «Tú qué haces ahí parado, ¡ayuda!, ¿o quieres que le diga a todos los del barrio lo miedoso que eres?». Marin salió de su letargo arrojando a Alejandro un palo que recogió del suelo. Este lo esquivó, pero inmediatamente tuvo que enfrentarse a Jules, quien le había propinado un tremendo puñetazo en la cara. Por su lado, Marin recogió otro palo y le asestó un golpe en el cuello a Charles por detrás.

Alejandro estaba siendo claramente dominado por Jules, el más fuerte de todos, y David estaba ocupado peleando también una lucha que parecía desigual. Michel y Jean-Gabriel, que estaban al lado de Alejandro, corrieron en su ayuda. Rodearon a Jules y lo golpearon desde diferentes puntos. Jules se estaba defendiendo muy bien, girándose con destreza de uno a otro de los atacantes, pero comenzó a aflojar. Con repetidos golpes en la cabeza y el cuerpo lograron que retrocediera.

Por su lado, Charles, que estaba enfrentándose a Yves a puñetazos sin que ninguno se acercase demasiado, después de recibir un golpe de palo de Marin, dio una media vuelta y se le echó encima; Marin perdió el equilibrio y se cayó de espaldas al suelo. Charles le dio una patada en el costado. El golpe fue considerable, pues Marin se quedó en el suelo acurrucado. Ignorando su espalda desprotegida, Charles no vio a Yves acercándose sigilosamente por detrás; este le pegó un fuerte puñetazo en la cabeza y Charles perdió el equilibrio y se cayó encima de Marin, haciéndole aún más daño. Charles se levantó de un salto para volver a enfrentarse a Yves. Marin se intentó levantar a su vez, pero en vano, pues Jean-Gabriel se arrojó sobre él.